

EXPERIMENTO SENSACIONAL SOBRE LA POSIBILIDAD DE AUDICION ANTES DEL NACIMIENTO DE LOS NIÑOS

El doctor Kevin Murphy, director adjunto de la Unidad de Reading, ha señalado que oír y escuchar son dos cosas diferentes.

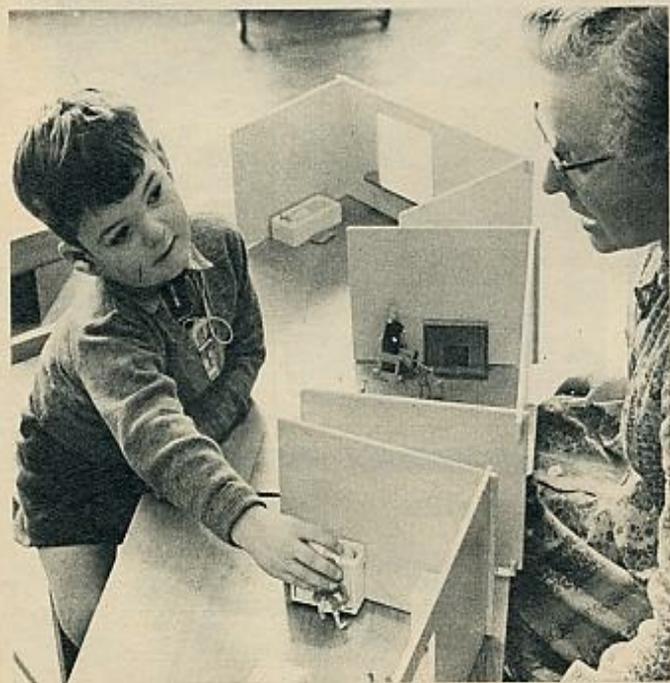
Oír es la capacidad de recibir el sonido por medio del oído; escuchar es el proceso de prestar atención al sonido recibido e interpretar su significado. La determinación de la capacidad del niño para oír ocurre mucho antes que la de escuchar y entender.

Probablemente, uno de los más notables experimentos ahora en curso en la Unidad de Reading es el que trata la posibilidad de determinar la existencia de audición antes del nacimiento.

Cuando un niño llega a la edad escolar, el conocimiento que debe tenerse de sus antecedentes, sus capacidades, su grado y clase de sordera ha de ser tan perfecto que pueda colocarse en el mejor camino para su evolución.

Ello puede significar una escuela —residencia especial para sordos— o visitas periódicas de un maestro especializado en la lectura labial. Como asunto de interés común, la sordera sigue siendo el defecto en que menos se piensa y que menos se comprende. Muchos fueron los sorprendidos al saber que en enero de 1962 había 4.817 niños en la Gran Bretaña con oído defectuoso, recibiendo educación en escuelas especiales, lo cual representaba el doble del número de niños ciegos.

En un debate parlamentario, en diciembre de ese mismo año, sobre niños inhabilitados, al referirse a los sordos y los ciegos, un diputado declaró que no se aventuraría a asegurar cuál de las dos era mayor desventaja, pero creía que «todos estarán de acuerdo en que la sordera es, por lo menos, tan desventajosa como la ceguera».



La pronta detección de la sordera en la infancia es fundamental para adaptar a los niños a una vida normal. En la foto se comprueba la comprensión del lenguaje hablado en un pequeño que, dirigido por un maestro especializado, coloca donde se le indica los muebles de una casa de muñecas. Obsérvese el equipo de ayuda auditiva que lleva el niño.



"HAUTE COIFFURE"

PERDON. Nos hubiera gustado mucho más titular este comentario en español; pero parece que ciertos temas, sobre todo los relacionados con la moda y la belleza, no pueden tratarse prescindiendo del francés. Ya casi no hay peluquería que no ostente en su fachada, como garantía de excelencia, un pomposo "Haute coiffure". Y nosotras somos las culpables. Todo lo que trae marchamo del país vecino lo encontramos infinitamente más seductor que lo nacional y entramos en estos salones que huelen a francés, absolutamente convencidas de que saldremos de ellos convertidas en una fascinadora mezcla de Michèle Morgan y Brigitte Bardot.

¿Es realmente así? Pues...

Veamos lo que sucede cuando nos da por hacer una "folle" —perdón otra vez; pero decir que vamos a hacer una locura, en español, puede inducir a ideas equivocadas— y dedicar el presupuesto de peluquería de un mes a una sola sesión a cargo de manos maestras.

Una amiga, que va siempre divinamente peinada, nos ha aconsejado:

—Vete a... —aquí el nombre de un salón de belleza de primera fila— y pide que te atiendan Antoine... Es una maravilla.

Y aquí estamos, un poco intimidadas por el ambiente lujoso del lugar, preguntando por Antoine a una señorita muy bien vestida que ha salido a recibirnos.

—¿Ha pedido hora? —pregunta ella a su vez.

—No, no hemos tenido esa precaución.

—Pues si no ha pedido hora... —murmura la señorita, con gesto que demuestra a las claras lo absurdo de nuestras pretensiones.

—Vengo de parte de la señora de H... —decimos, esperando que la recomendación surta su efecto.

Tal como suponíamos, la señora H es "alguien" en la casa.

—Veré si Antoine puede hacerle un hueco... —condesciende la señorita, dejándonos en la incertidumbre.

Al rato vuelve. Sí, Antoine nos hará un hueco. Pero para otra vez, que no se nos olvide pedir hora, porque si no...

Llenas de gratitud dejamos el abrigo en manos de otra señorita, ésta uniformada, que nos da a cambio una bata rosa de lo más favorecedora. A partir de ese momento se nos somete a las manipulaciones habituales, con la diferencia de que aquí no nos preguntan, como en la modesta peluquería de barrio, si queremos champú especial o loción vitalizadora. Nos ponen ambas cosas y muchas más cuya utilidad no nos atrevemos a indagar, sin consultarnos absolutamente nada.

—¿Cuánto costará este liquidillo rosa? —nos preguntamos— ¿Y esta crema que huele tan bien? ¿Qué harán aquí con las que no puedan pagar la factura? Dudas, dudas horribles. Y otra más. ¿Cómo nos entenderemos con Antoine? Porque seguramente es francés y nosotras no sabemos ni una palabra de ese idioma.

Por fin aparece el gran artista del peine y podemos comprobar que habla un castellano perfecto. Ni el menor asomo de francés en su acento. Entonces, volvemos a preguntarnos, ¿por qué lo de "Antoine"?

Tenemos aún mucho que aprender. Ignoramos que casi no hay salón de belleza que se precie donde quede un nombre español vivo. A los caballeros se los rebautiza traduciéndoles el patronímico al francés y a las señoritas, cambiándoles sus Ferras, Ricardas o Marias de origen, por otros más eufónicos: Alicia, Gloria, Laura...

Esto, junto con los botacones tapizados, los grandes ramos de flores naturales y los objetos de tocador de plata, forma parte de la "puesta en escena", de las razones que permitirán presentar una factura que pagamos ruidas por el remordimiento. "Pensar que con este dinero podía ir a la peluquería de Pepita cinco veces, por lo menos..."

Pero Pepita, reconozcámoslo, no es una artista como "Antoine". Y las diferencias hay que pagarlas. Sólo que las pagaríamos mucho más a gusto si pudiéramos llamarle Antonio, por las buenas; como le llamaban en su casa, antes de que entrara a formar parte de la "haute coiffure"...

C. V. V.